

ojo DE agua

AMBIENTE EDUCATIVO

E.S.O. o el abismo

Experiencias y reflexiones en torno al pasaje
de uno de los
más grandes rubicones
de la desescolarización mental.

Javier Herrero y Marién Fuentes

ojo de agua – ambiente educativo

📍 Partida Racó de Pastor s/n, 03790 ORBA (Alicante)

☎ 965.583.213 – 649.901.562

www.ojodeagua.es – info@ojodeagua.es

Primera edición: enero de 2018

Editado por:

ojo de agua – ambiente educativo

📍 Partida Racó de Pastor s/n,

03790 ORBA (Alicante)

☎ 965.583.213 – 649.901.562

www.ojodeagua.es – info@ojodeagua.es



El texto está disponible bajo la [Licencia Creative Commons \(Reconocimiento – No comercial – Compartir igual\) 3.0](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/3.0/); por la cual:

Usted es libre de:

- copiar, distribuir y comunicar públicamente la obra
- hacer obras derivadas

Bajo las condiciones siguientes:

- Reconocimiento: Debe reconocer los créditos de la obra de la manera especificada por el autor o el licenciador (pero no de una manera que sugiera que tiene su apoyo o apoyan el uso que hace de su obra).
- No comercial: No puede utilizar esta obra para fines comerciales.
- Compartir bajo la misma licencia: Si altera o transforma esta obra, o genera una obra derivada, sólo puede distribuir la obra generada bajo una licencia idéntica a ésta.

ESO o el abismo

Experiencias y reflexiones en torno al pasaje de uno de los más grandes rubicones de la desescolarización mental.

Cuando avances en la vida, verás un gran abismo.
Salta.

No es tan ancho como crees.
(Proverbio indígena)

En las historias mitológicas y en los cuentos de aventuras, el héroe siempre tiene que pasar algunas pruebas. Según el contexto histórico, las pruebas son unas u otras, pero en el significado profundo del mito, estas aventuras son un fiel reflejo de la realidad y nos aportan la sabiduría ancestral acumulada de todas las generaciones anteriores para aprender a vivir la vida.

El proceso de búsqueda de la mejor oportunidad educativa para una hija no es diferente; también es una aventura plagada de obstáculos, pruebas, desafíos, temores, abismos, decisiones... Tras casi dos décadas de intensas experiencias en la práctica y refinamiento de un modelo estructuralmente innovador de acompañamiento a la infancia y a la juventud en su proceso de desarrollo humano, hemos constatado que hay esencialmente dos momentos clave a lo largo de este proceso de búsqueda.

El primero de estos momentos críticos llega pasados los primeros años de crianza con apego —o no—, tras haber albergado y alumbrado la vida de la hija una manera consciente —o no—, luego de haber mantenido el contacto permanente con la recién nacida durante los primeros días —o no—, después de haber criado y amamantado a demanda varios años —o no— y habiendo experimentado, posteriormente, el despertar de la motricidad desde una actitud respetuosa con el desarrollo singular de cada bebé “al estilo Pickler” —o no—; entonces, llega el momento de la socialización, de la búsqueda de espacios respetuosos con la infancia y, finalmente, el primer gran momento de la verdad, al filo de los seis años: “¿La llevo a la escuela?”... “¿O no?”

Para muchas madres y padres, este rubicón es la primera de las grandes fronteras a traspasar en el camino hacia una maternidad y paternidad conscientes. Pero no es menos cierto que, al igual que el héroe mitológico que siente la llamada de su misión heroica, la cual le impulsa a tener que enfrentarse con pruebas que no sabe si podrá superar, también muchos padres y madres sienten en su interior la llamada a la búsqueda de un camino diferente para cuidar de sus hijos y, como al héroe del mito le sucede, una vez traspasada esa

frontera, una vez tomada la decisión, el temor se aplaca y el miedo de desvanece. Con posterioridad, los aprendizajes van apareciendo casi inexorablemente —siempre que haya ciertas circunstancias socio-económicas mínimas y cierto acompañamiento respetuoso y consciente por parte de los progenitores—, las experiencias van sucediéndose, al ritmo que cada niña y cada joven va necesitando (aunque, con toda certeza, no como los expertos y administradores prevén en sus desarrollos curriculares estandarizados) en un proceso tan misterioso como la vida misma. Así, van transcurriendo los años y cuando los jóvenes van alcanzando los trece o los catorce, se va acercando la segunda gran crisis. Es la crisis del título de la E.S.O.

Hay que recordar que la palabra “crisis” no tiene una connotación negativa necesariamente. Las crisis suelen suceder en momentos de transición, de cambio, de toma de decisión; es, por tanto, tal como ya es de dominio público, una “oportunidad” para elegir, para replantearse el rumbo. De hecho, la convergencia de diversas crisis que estamos viviendo como civilización y como especie, no es sino una gigantesca y global oportunidad para virar el rumbo de nuestra cultura desde los “egosistemas” hacia los “ecosistemas”, siguiendo la expresión acuñada por Otto Scharmer.

En nuestra experiencia, desde que atendemos a chicas y chicos en ese abanico de edad —y no por casualidad— esta crisis es “un clásico”: todos los años cuando comienza una nueva temporada en ojo de agua: varias personas explican que desean prepararse para entrar en el instituto o para aprobar el examen de la E.S.O. Suele suceder que han pasado el verano en contextos en el que el mantra “sin la E.S.O. no podrás trabajar” ha sido convenientemente repetido a su alrededor de forma sistemática; o, quizá, este otro: “¿Y qué harás si no tienes la E.S.O.?” Estas preguntas sugieren una disyuntiva: la E.S.O. o el abismo. En posesión del título de la E.S.O., muchas personas suponen que la empleabilidad es mucho más accesible que sin él; si bien, lo cierto es que no hay datos que avalen tal suposición, puesto que apenas hay personas que no ostenten el mencionado título. Otro argumento es que la E.S.O. es el paso necesario para el desarrollo de futuros estudios que permitan el desempeño de una profesión. Pero no es menos cierto que hay multitud de otros caminos para llegar, en muchos casos, a esos y muchos diferentes destinos, como veremos a continuación.

Por otro lado, la estructura social tiende al mantenimiento del status quo y, por tanto, a perpetuarse a pesar de la ausencia de evidencia del aporte de beneficios, más allá de los puramente instrumentales, debido a la obtención del título de la E.S.O. Nadie cuestiona la afirmación social que sostiene que sólo si tienes el título de la E.S.O. eres una ciudadana valiosa (legitimada por el estado) y que, en caso contrario, estás desahuciado laboralmente.

Es importante mencionar que algunas personas en este rango de edad no pasan por esta crisis. Hay algunas que lo tienen muy claro, para ellas no es un momento de decisión porque ese momento llegó en muchos pequeños momentos a lo largo de varios años. De hecho, ese no fue un momento de decisión para A., quien pasó seis años en ojo de agua dibujando sin tregua; literalmente, A. pasaba el 80% de su tiempo en ojo de agua dibujando. La pasión de A. por el dibujo era patente desde el primer momento. Ella no necesitaba talleres ni actividades organizadas ni clases formales ni materiales externos. Simplemente, llegaba, elegía una habitación con buena luz (le gustaba especialmente la biblioteca, por su iluminación cenital) y comenzaba a dibujar... y dibujar... y dibujar. Su especialidad era el manga. La aparición de A. en ojo de agua suscitó una gran epidemia de manga que contagió a un gran número de participantes. De hecho, A. —sin quererlo— fue la mentora y maestra de varias amigas que refinaron sus destrezas artísticas gracias a su relación con ella. Del lápiz pasó al dispositivo digital y continuó practicando hasta que decidió que su ciclo en ojo de agua había terminado. Las últimas noticias sobre A. es que publica un webcómic por entregas en internet; que se relaciona con personas con gran reputación internacional en el mundo de la ilustración, que tiene su propio comercio electrónico de productos creación artística y que un prestigioso artista japonés especializado en manga, le pidió que aportara alguno de sus trabajos para crear una edición en la que mostraba el trabajo de los jóvenes que le inspiraban y que se presentó —y puso a la venta— en la mayor feria especializada en manga de Japón.

B. tampoco pasó por la crisis de la E.S.O. Su afición desde muy joven han sido los caballos. Montó por primera vez con tres años y con seis comenzó a recibir clases, a pesar de que no tenía la edad requerida. Su determinación y su pasión por estos animales, pudo convencer a la directora de la hípica que fueron a visitar. Desde los nueve años, B. ha sido responsable diariamente de sus propios caballos. Un trabajo que requiere una persistencia extrema y que, sólo si sientes mucho amor por los animales, estás dispuesta a realizar día tras día a los diez años y a los once y a los doce y... a los quince años, y así, año tras año, mes tras mes, semana tras semana, día tras día, madrugando para darles el desayuno, recoger el estiércol, entrenarlos, la comida al mediodía, curar sus pequeñas heridas..., una responsabilidad que es incompatible, en gran medida, con salir con las amigas o con viajar por largo tiempo. Nadie que no ame a los caballos profundamente puede hacer eso durante toda su infancia y juventud.

B. decía que le gustaría ser monitora ecuestre; sabía que en la federación podría sacar el título con facilidad, pues había recibido clases de doma y salto durante casi diez años, lo que se unía a su larga experiencia con el cuidado de caballos, así como su formación y experiencia en doma natural y otras

disciplinas emergentes, enfocadas en una relación de respeto con los animales. B. ya tenía previsto siguiente paso... hasta que hubo un cambio. A partir de un momento determinado, la normativa cambió y para poder ejercer como monitora ecuestre, era necesario aprobar un ciclo medio de formación profesional, lo cual suponía tener que pasar por la E.S.O. Ese fue el momento de la verdad para B.: “¿Pongo mi energía en preparar el examen para la E.S.O. y, luego, acceder al grado de F.P., o —por el contrario— continúo mi formación autodidacta?” En esta tesitura, B. decidió posponer la preparación de la E.S.O. para más adelante, quizá para cuando tuviera dieciocho años y acometerlo desde la escuela de adultos y, mientras tanto, continuar con su desarrollo personal y profesional en materia de etología equina. Esto le dio la oportunidad de trabajar en el mantenimiento de la hípica en la que recibía clases de doma y monta natural desde hacía, al menos, una década; allí aprendió, la ventajas para la salud de los equinos del barefoot, esto es, de descalzar a los caballos de unas herraduras artificiales que no corresponden con sus necesidades, o la estrategia del paddock paradise, el diseño de entornos adecuados a las necesidades auténticas de desarrollo de los caballos (en una analogía perfecta, podríamos decir que el interés de B. en relación a los caballos es similar al interés de tantas personas que, inspiradas por Rebeca y Mauricio Wild, buscan desde hace años, diseñar entornos adecuados a las necesidades auténticas de desarrollo de niños y jóvenes). Además, en este recorrido, B. pudo conocer el trabajo de una las más reputadas etólogas equinas en materia de doma natural. B. leyó sus libros, los releyó, los estudió y, finalmente, se decidió a participar en un curso introductorio sobre doma natural y luego en otro de profundización y, en este último, tras ver el entusiasmo, la dedicación y sensibilidad de B., la etóloga le propuso ser su asistente en los próximos cursos que impartiera. B. también ha recibido una oferta (que rechazó) para hacerse cargo de una pequeña manada de caballos de pura raza portuguesa, adquiridos para cría y venta, negocio que la gran crisis impidió y que actualmente se encuentran en estado semi-salvaje. Ahora mismo, B. ya está cumpliendo uno de sus principales objetivos: dar clases de equitación. La familia que sostiene la hípica en la que tantos años recibió formación y en la que trabajó durante algún tiempo manteniendo y cuidando de los caballos, le ha propuesto una colaboración que incluye el mantenimiento de los caballos de B., colaborar en el cuidado de una manada de unos diez ejemplares y dar clases de equitación. B. no tiene el documento en el que el jefe del estado y, en delegación suya, el ministro de educación, afirman que es apta para el desarrollo de tal actividad. No lo tiene. Pero tampoco lo necesita porque las personas que cuentan con ella la conocen desde hace décadas y saben de su buen hacer, de su responsabilidad, de su carácter, sus conocimientos, su capacidad para aprender, su sensibilidad, etc. Informaciones todas ellas que un título académico no puede certificar.

Esto me recuerda a una persona que conocí cuando trabajaba en el sector asegurador; sólo poseía como titulación académica el graduado escolar y, sin embargo, desempeñaba las funciones Director Comercial de una compañía aseguradora, especializada en seguros de autos, de ámbito nacional; ejerciendo posteriormente como Director General. Claro que, previamente, entre otras experiencias, había sido secretario de organización de un pequeño partido político, eso sí, de influencia estatal, experiencia en la que pudo desarrollar las destrezas y aptitudes necesarias gestionar una empresa de un considerable tamaño. Los head hunters que le ficharon ni buscaban títulos, ni calificaciones sobresalientes, buscaban experiencia, destrezas, resultados..., y eso no lo da un título, como ya saben las empresas tecnológicas que han renunciado a basar sus procesos de selección de personal en títulos académicos y calificaciones escolares.

Tampoco ha sido esa una crisis por la que haya pasado C. Ella no ha pisado una escuela en toda su vida. Ahora tiene dieciséis años y, después de algunas vacilaciones, ha decidido que su objetivo ingresar en la Real Escuela de Arte Dramático, que es una entidad pública y puede considerarse, prácticamente, como una carrera universitaria. Con dieciséis años, C. ha estado investigando a lo largo del último verano sobre las pruebas de acceso y ha descubierto que para poder acceder hay que estar en posesión del título de bachiller. Ella, obviamente, no lo tiene. Una opción sería matricularse en el instituto, obtener el título de la E.S.O., acceder a los dos años de bachillerato y, finalmente, realizar las pruebas de acceso. Pero también ha descubierto una cosa más. Es posible acceder sin el título de bachiller realizando lo que denominan una “prueba de madurez”, consistente en un examen de lengua, que incluye morfología, sintaxis, gramática, así como un comentario de texto y un examen adicional en el que debe elegir entre historia de España o historia de la filosofía. Después de pasar este examen, ya puede acceder a las pruebas específicamente técnicas de las artes escénicas. C. ha decidido esperar hasta cumplir los dieciocho años para realizar esta prueba de madurez. El problema es que no sabe mucha gramática, sintaxis..., (sin embargo, es una persona muy elocuente, escribe sin faltas de ortografía, con dominio de la retórica y una excelente capacidad de argumentación; esto es, en la práctica, domina la lengua como medio de comunicación tanto oral como escrito) y nunca ha realizado un comentario de texto. ¿Qué hacer en esta situación? C., en colaboración con su familia, ha encontrado una persona experta en lengua y literatura para que actúe como preparadora, como si de una oposición se tratara. De modo que a lo largo de los próximos meses va a estar estudiando para preparar las pruebas de acceso; lo que incluye también los aspectos puramente técnicos: interpretación (estudia teatro, tanto dentro como fuera de ojo de agua desde hace 7 años aproximadamente), expresión corporal, danza, voz... El otro día una de sus tías le contaba que alguien le había dicho que era extremadamente

difícil entrar en esa escuela de interpretación, C. lo sabe, pues en su investigación ha encontrado blogeras que explican las pruebas y muchos detalles relacionados con ellas. Pero no le importa la dificultad. Hace poco comentaba, mientras estaba estudiando morfología por sí misma, que se había dado cuenta de que... ¡la lengua le gusta! Está decidida. Nadie sabe si aprobará las pruebas o no. Quienes la conocen saben que ella dará lo máximo para cumplir su propósito. Lo anhela con tremenda ilusión y no se arredra ante el esfuerzo que requerirá llegar hasta donde desea. Nada perderá si no lo logra; sólo ganará experiencia. Ahora bien, en caso de que lo logre...

Luego está el caso de D., quien a lo largo de los años de su vivencia de aprendizaje autodirigido con el apoyo de su familia en colaboración con ojo de agua, encontró su verdadera pasión en la vida: la música. Durante los seis años que D. compartió su vida con nosotros en ojo de agua, prácticamente no participó en ninguna actividad estructurada, ningún taller, nada de eso que nuestras mentes escolarizadas identifican con “aprender” (tiempo en grupo o individual compartido con un adulto, que vuelca experiencias y conocimientos de forma más o menos amena con un foco de contenido predefinido.) Lo cual no significa que no aprendiera nada, pues el desarrollo de su aprendizaje se producía por canales informales; básicamente, conversaciones en familia y con personas que no pertenecían al contexto familiar, así como en sus investigaciones por internet. No. D. no eligió nada de esto entre los nueve y los quince años. Aunque en algún momento flirteó con la posibilidad de ir al instituto, en un momento dado, sin que podamos saber ni cómo ni por qué, D. comenzó a practicar con el violín. Lo que comenzó siendo una afición provisional acabó convirtiéndose en una verdadera obsesión, pues practicaba a todas horas; no solo cuando tenía ensayo —ahora sí, en clases individuales— sino, en cualquier lado; por los pasillos, incluso. Después del violín, llegó el piano y D. comenzó de nuevo ese mismo proceso de practica desenfrenada, constante, apasionada. Hubo un tiempo en el que el ambiente en ojo de agua siempre había una música de fondo: era D., practicando. Fue muy interesante, cuando ya en sus últimos meses en ojo de agua, escuché una conversación que mantenía con otro joven. D. le preguntaba: “¿Qué le dirías a tu yo de hace cinco años?” Su interlocutor se encogió de hombros sin saber qué responder. “Yo le diría: ¡Es la música, tío, es la música!”, repetía, dando a entender que si pudiera volver atrás con la experiencia del momento en el que estaba, no dudaría en ganar cinco años más de práctica. Pero, pese a lo que pudiera parecer, esta vocación hipotéticamente tardía, no resultó infructuosa, pues tras matricularse en la escuela de música municipal durante algún tiempo, logró acceder al conservatorio de la comarca, en el que sus calificaciones fueron excelentes e, incluso, le pasaron de curso directamente. Hoy, D. nos visita de vez en cuando. La última vez que le vimos, nos contó estaba a punto de acceder al conservatorio profesional, que había sido seleccionado para formar

parte de dos orquestas, una de ellas la Joven Orquesta de la Marina Alta, y que le gusta componer.

E. tampoco pasó por esa crisis, pero su decisión resultó ser muy distinta. Desde que llegó a ojo de agua, E., se mostró como una persona muy responsable y curiosa, se interesó por la ciencia, los experimentos, la carpintería, la construcción de artefactos, radios, laberintos mecánicos, electrónica... Sus intereses se iban desarrollando tanto en el tiempo en el que permanecía en ojo de agua como fuera, en su casa, con amigos y vecinos. Siempre estaba investigando, curioseando, ensayando, preguntando... Al cumplir los doce años, E. mostró su interés por la mecánica aeronáutica y comenzó a investigar en qué lugares era posible estudiar esa disciplina, pues le encanta y, tras asesorarse con diversas personas, tanto técnicos como tutores, decidió que el lugar en el que querría estudiar es un instituto tecnológico, en Sevilla, especializado en ese ámbito profesional. En ese proceso, E. se dio cuenta de que alcanzar esa meta —acceder a una escuela oficial de mecánica aeronáutica— no solo sería un gran esfuerzo económico para sus padres, pues la estructura de laboratorios y talleres que se encuentran en ese tipo de centros son muy complejos y costosos, sino que requeriría también una gran esfuerzo de estudio. E. buscó los temarios, las condiciones de acceso y comenzó a tomar clases particulares de matemáticas y física, entre otras materias. Decidió abandonar ojo de agua para enfocarse como un rayo láser en su meta. Durante un año, se estuvo preparando en casa con apoyo y, finalmente, decidió matricularse en un instituto de educación secundaria y, previsiblemente, seguirá el camino académico hasta llegar al destino que le dicta su interior. E. no pasó por esa crisis porque su decisión de matricularse en el instituto tenía un propósito mayor. No era simplemente dar el siguiente paso que “toca” o hacerlo “porque no sé qué hacer.” Su elección está motivada por una finalidad, un propósito que fija su rumbo y que está conectado profundamente con su interior.

F. fue la primera joven que nos facilitó la oportunidad poder compartir sobre la crisis de la E.S.O. Volvía del verano en la ciudad en la que reside toda su familia, contaba con quince años y todo el verano había estado escuchando por parte de algunos sus familiares y amigos más cercanos que “debería sacarse la E.S.O., ahora que aún estaba a tiempo, para no perder ninguna oportunidad y tener todas las opciones abiertas.” Así que llegó septiembre, la nueva temporada de ojo de agua comenzó y F. contaba que tenía muchas dudas sobre qué decisión tomar.

A F. debemos agradecerle la oportunidad que nos brindó al mostrarse abierta a conversar sobre el momento crítico en el que se encontraba, pues esa primera conversación y muchas otras más que tuvieron lugar posteriormente con ella y

con otros jóvenes, nos han permitido aprender algo que hoy podemos compartir a través de las líneas.

Escuchando a F., pensé en el lugar en el que estábamos hablando (era la biblioteca de ojo de agua) y cómo era posible que esa conversación estuviera teniendo lugar en ese preciso instante y en esa precisa ubicación. Y me di cuenta de que eso sólo era posible porque en un momento anterior, tanto Marién, mi compañera de vida, como yo, nos habíamos enfrentado a difíciles decisiones, entre ellas, la excéntrica idea de crear el lugar en el que estábamos conversando. Así que comencé a explicarle a F. cómo era posible que estuviéramos allí hablando:

“Esta conversación está teniendo lugar aquí y ahora debido, sin duda, a miles de decisiones anteriores que tanto tú (y tus padres) como yo (y mi compañera de vida) hemos tomado en una secuencia casi infinita de instantes anteriores. Por lo que a mi respecta, si tengo que elegir algunas de las decisiones más importantes que han contribuido a estar aquí para conversar contigo hoy tendría que incluir, sin duda, un momento en mi vida en el que, laboralmente, estaba orientado hacia el éxito profesional, con una trayectoria ascendente en la empresa aseguradora en la que trabajaba y una creciente insatisfacción existencial (una insatisfacción que me evocaba una tarde de primavera, con ocho o diez años, sentado en clase en el centro de la gran ciudad, cerca de la ventana, mirando hacia el exterior, pudiendo atisbar una mínima parte del inmenso azul del cielo primaveral, despejado de nubes, entre las azoteas de los edificios, y preguntándome en silencio —mientras algún profesor ya olvidado, hablaba sobre geología— ¿por qué tengo que estar aquí?, ¿para qué me sirve todo este tiempo estudiando cosas que no me interesan en absoluto?, ¿qué sentido tiene todo esto?) Ese mismo vacío existencial, pero multiplicado, sentía en medio del lustroso éxito profesional que disfrutaba dos décadas después, ignorante del proceso de enfermedad terminal que mi madre había comenzado a vivir, pues vivía envuelto en una vorágine laboral a la que dedicaba todas mis energías. En ese mismo tiempo, conocí a Marién, quien ahora es mi compañera de vida y madre de las dos hijas que hemos alumbrado a este mundo y de las que cuidamos. Este amor, unido a una profunda insatisfacción personal y profesional, junto con la decisión de abandonar temporalmente el trabajo para dedicar tiempo y energía a acompañar en el proceso de morir a la persona más importante en mi vida hasta ese momento, determinaron una decisión esencial en nuestra vida como pareja. Planeamos con un año de antelación abandonar nuestros trabajos —ella ya lo había hecho un tiempo antes— y alejarnos de la gran ciudad. Esta fue la decisión más radical de nuestra vida, la más difícil, la más arriesgada, la más incomprendida por familiares y amigos. Fue una decisión tomada desde el corazón. Y es que cuando la vida te enfrenta a la muerte, entonces cada instante, cada segundo, cada decisión, cada palabra,

cada mirada toma una perspectiva de profundidad casi infinita. La muerte nos permite ver la vida con perspectiva. Así que, transidos por esa constelación de circunstancia, tomamos una dirección en la encrucijada sin saber hacia dónde nos llevaría; una decisión que sentíamos —en el fondo de nuestro corazón— que era la adecuada.

Años más tarde, nació nuestra primera hija. Una experiencia extática. Presenciar y acompañar el proceso de alumbramiento a la vida fue una experiencia no menos profunda, vital y revolucionaria como la de presenciar y acompañar el proceso de la muerte. Y, en esos días, con el bebé recién nacido entre los brazos, nos preguntábamos cómo cuidaríamos de esa vida, qué experiencias le proporcionaríamos. Y sentimos la tremenda responsabilidad de cuidar de la vida indefensa que habíamos decidido traer a este mundo sin conocer muy bien la profundidad y complejidad de tal responsabilidad. Y ahí comenzó un camino fabuloso: la experiencia cumbre, transformadora, del alumbramiento nos condujo hacia una apertura de caminos insospechados para nosotros hasta entonces. Y el encuentro con la partera que nos acompañó en el parto, María Alarcón, psicóloga, discípula de Eva Reich, hija del disidente del psicoanálisis Wilhem Reich, quien nos habló por primera vez de educación alternativa y mencionó, sin saber nosotros entonces quiénes eran, a Mauricio y Rebeca Wild, que, andando el tiempo, se convertirían en uno de nuestros referentes para crear lo que hoy es ojo de agua. Afortunadamente, la vida siempre nos ofrece nuevas oportunidades, pues la semilla que me llevó a elegir la carrera de pedagogía a los dieciocho años volvió a germinar décadas después mientras sosteníamos la fragilidad de la vida encarnada en ese bebé recién nacido entre nuestros brazos y, fue entonces, cuando emergió la idea de crear un lugar para que niños como ese bebé pudieran disfrutar de una infancia feliz.”

F. escuchaba atentamente, casi sin pestañear.

“¿Tú has oído hablar de la crisis de los cuarenta, F.?”, le pregunté a continuación. Me dijo que sí, que tenía una idea aproximada, pero que no entendía por qué le preguntaba eso. Entonces continúe:

“De joven, pertenezco a los boy-scouts. Los campamentos comenzaban un domingo y duraban dos semanas. El primer domingo tras la primera semana, era el día de los padres y todas las familias viajaban para pasar el día en el campamento. Para los que estábamos en él, ‘el día de los padres’ siempre era un día muy especial. Para los que eran pequeños porque a muchos les cogía la ‘morriña’, la nostalgia, y lloraban cuando sus padres se despedían. Y para los más mayores, que ya tenían más experiencia, porque el día de los padres significaba que la mitad del tiempo de campamento ya había transcurrido y que a partir de aquel momento quedaba menos tiempo de campamento del que ya

había transcurrido. El día de los padres significaba que comenzaba a acercarse el final de la experiencia y en nuestro interior comenzaba a nacer una leve y difusa sensación de tristeza porque comenzaba el principio del final de una experiencia tan maravillosa como intensa. En la vida”, le dije a F., “no es diferente. A veces imagino la vida como una excursión a la montaña: pasas media vida subiendo, llegas al cima y luego pasas el resto de la vida bajando. Mientras estás subiendo, sólo ves el camino empinado, la rocas que hay que trepar, en algún momento quizá puedas vislumbrar la cima, pero la perspectiva siempre es corta. Ahora bien, cuando llegas a la cima, entonces tienes perspectiva, ves a lo lejos todo el paisaje, las nubes, otras montañas, quizá la inmensidad del mar y la mágica línea del horizonte...”

“Las estadísticas afirman que la vida media de las personas está en torno a los ochenta años, lo que significa que la mitad de la vida estaría cerca de los cuarenta años. ¿Y qué sucede en torno a esa edad? Igual que cuando llega el día de los padres en el campamento o en el momento en que alcanzas la cima, cuando llegas cerca de los cuarenta años, te das cuenta de que...”, “... ya has vivido más de lo que te queda”, interrumpe F. “Exacto”, continuo, “tomas conciencia de que te queda menos tiempo de vida del que ya has vivido hasta el momento y ese simple cálculo temporal, te encara con la muerte, esa compañera de camino cuya misión —a mi entender— es siempre facilitarte ver la vida con una perspectiva mucho más cercana a la realidad más profunda. Porque en el día a día, las hojas no te dejan ver el bosque. Por eso, en ese momento, en la cima, en mitad de camino, disfrutando de la magnífica vista que te ofrece la montaña tras jornadas infatigables de ascenso sin perspectiva, te haces a ti mismo la siguiente pregunta: ¿Qué balance hago de mi vida hasta el momento? ¿Estoy viviendo la vida que deseo? ¿Es lo que ahora vivo lo que deseaba vivir? Y, sobre todo, ¿Desde esta perspectiva que ahora tengo tras décadas de experiencias vitales, ¿estoy viviendo una vida que tiene sentido, que tiene propósito, que tiene misión?”

“Ése, F., es un momento de la verdad. Ante esa pregunta —¿estoy viviendo una vida con sentido, con significado, una vida que merece la pena ser vivida? — hay dos respuestas. Una es: ‘Sí’, en cuyo caso, continuarás viviendo la vida con entera plenitud, sin desfallecer antes los obstáculos, plena de energía, porque tu sentido de propósito en la vida, sea éste el que sea, te insufla la energía necesaria equivalente a mil elefantes’, como alguien definió a Vicente Ferrer.”

“La otra posible respuesta es: ‘No.’ Y ahí, en mi experiencia, caben varias opciones. Una, que vires el rumbo de tu vida, en la dirección hacia la que tu corazón te indica que puedes lograr una vida con propósito. Esta opción, a esa edad, es ya muy improbable (aunque no imposible), pues si en tantas

oportunidades en la primera mitad de tu vida tomaste decisiones sin escuchar tu corazón, no será muy probable que décadas después cambies tu forma de proceder. Las otras dos opciones que quedan, en esa tesitura, son tristes. O bien, la depresión, pues sientes —y eres consciente, o no— de que has tomado decisiones desconectadas de tu propia naturaleza, de tu propio impulso vital. O bien, el cinismo de afirmar que disfrutas de una excelente posición económica (o no), de una buena casa (o no), un magnífico coche (o no), un trabajo que te permite pagar los estudios de tus hijos (o no), o quizá que la vida `es una m...´ que no merece la pena, o que es una jungla en la que tenemos que sobrevivir bajo la ley del más fuerte o... En ambos casos, la tristeza, la desolación, el desierto interior irán conquistando lentamente, cual metástasis, los órganos vitales de tu ser."

"Eso es la crisis de los cuarenta: darse cuenta (o no) de que la vida que se vive es una vida sin sentido, sin propósito, sin significado."

"Un detalle más. Hay una persona a la que admiro. Ha escrito el mejor libro sobre motivación que haya leído jamás. Su nombre es Daniel H. Pink y fue jefe del grupo de redactores de discursos del entonces vicepresidente de los Estados Unidos, Al Gore. Pink se ha convertido en uno de los gurús del management en las primeras décadas del siglo XXI. A lo largo de su etapa como escritor especializado en management, Pink viajó a Japón para estudiar el fenómeno del manga en aquel país. Y, como consecuencia de ese viaje, acabó publicando, junto con un dibujante japonés, un manga dirigido a los jóvenes con algunos consejos para tener éxito en la vida (entendiendo el `éxito´ no como `éxito económico´ simplemente, sino como `éxito vital´, esto es, la satisfacción de vivir una vida que merece la pena vivir). Pues bien, el primero de los seis consejos es: `No hay plan´. Esto es lo que Steve Jobs mencionó en su discurso de graduación honoris causa un año después de ser diagnosticado de cáncer: `No podéis conectar los puntos mirando hacia el futuro; solo podéis conectarlos mirando hacia el pasado. Por lo tanto, tenéis que confiar en que los puntos, de alguna manera, se conectarán en vuestro futuro. Tenéis que confiar en algo, lo que sea. Nunca he abandonado esta perspectiva y es la que ha marcado la diferencia en mi vida.´ Esto significa que tomarás decisiones y no sabrás hacia dónde te llevan ni por qué las tomas, que no podrás seguir un plan, porque —como dice el verso de Antonio Machado— `se hace camino al andar.´ Así que... ¡olvida los planes! En la vida no funcionan. Sigue tu intuición. Mantente alerta para detectar las oportunidades que te trae la vida. Identificalas. Y luego..., persíguelas con determinación."

"Un segundo consejo que me impactó del cómic escrito por Pink era: `Toma decisiones por motivos fundamentales, no por motivos instrumentales.´ Los motivos fundamentales son aquellos que sientes que conectan con tu interior."

Los motivos instrumentales son aquellos que resultan esencialmente prácticos. La investigación que ha desarrollado Pink muestra que las personas que, principalmente toman decisiones por motivos fundamentales, suelen sentirse cómodas con su vida y al preguntarse cómo se sienten con la vida de que disfrutan en ese momento sienten coherencia entre lo que sienten, lo que dicen y lo que hacen. Las personas que toman principalmente decisiones por motivos instrumentales, como por ejemplo, ‘estudiaré esta carrera porque tienes muchas salidas’, suelen sentirse en disonancia interior y al ganar perspectiva en la vida... ya sabes... depresión o cinismo. Este consejo de Pink para cosechar ‘éxito vital’ no es diferente de lo que se ha dado en llamar la ‘ética hacker’: dedicarse a lo que una le apasiona sin consideraciones instrumentales.”

“El caso es que, desde mi punto de vista, ahora, estás inmersa en una encrucijada. Debes tomar una decisión. Y esa decisión te llevará en una dirección u otra. En ningún caso, será errónea, porque de todas las vicisitudes, de todas las acciones, de todas las decisiones que una toma en la vida, siempre hay algo que aprender y al final el camino consiste, precisamente en eso, en aprender de las experiencias que la vida nos proporciona y las decisiones que tomamos en cada instante.”

“Ya termino. ¿Me permites un consejo?” “Sí, por favor”, responde F.. “Creo que sería pertinente —para encontrar la dirección adecuada en esta encrucijada— que buscaras un momento y un lugar para estar tranquila. Para encontrarte a solas contigo misma. Cuando encuentres ese momento y ese lugar, te sugiero que le preguntes a tu corazón, qué decisión debes tomar, que camino debes escoger.”

“¿Pero, ¿qué es eso de preguntarle a mi corazón?”, pregunta F. desorientada. “Es muy sencillo. Todos podemos hacerlo. De hecho, cuando somos niños, somos grandes expertos en ello, aunque —con el paso del tiempo— muchos olvidamos que tenemos a ese gran compañero en nuestro camino vital que es el corazón. Tu corazón es aquel lugar en el que puedes hablar contigo misma sin poder engañarte. Mi consejo, basado sólo en mi experiencia vital, es que escuches a tu corazón, él te marcará el rumbo y sólo luego —una vez definido el rumbo— utiliza la cabeza para planificar cómo lograr navegar en la dirección que tu corazón te ha dictado. Y no olvides que vas a necesitar tus manos para trabajar intensamente para lograr tu propósito. No será fácil, no sabrás si lo lograrás, habrá desafíos, pero eso no importa,. Tu ya lo sabes: el objetivo es el camino, no el destino, porque en el camino es donde te construirás como persona, te forjarás como ser humano.”

Después, nos miramos profundamente a los ojos.

Esta no ha sido la transcripción real de la conversación con esa joven, sino más bien un compendio de algunas de las ideas que hemos ido comunicando a los jóvenes cuando, en medio de la confusión, se plantean la posibilidad de acudir al instituto.

Nuestro trabajo consiste en acompañar a niños y jóvenes en su proceso de vida de manera tal que cuenten con las mayores posibilidades de tomar decisiones sobre su propia vida por sí mismos (lo que no significa solos, sino acompañados respetuosamente). Este simple hecho produce una gran profundidad en el desarrollo personal de los jóvenes, una madurez que les permite brillar, lo que no impide que —prácticamente— todos ellos vivan situaciones de duda, incertidumbre y confusión. El dogma grabado a fuego: “Sin la E.S.O. no podrás trabajar” o “Sin la E.S.O. no encontrarás empleo”, se reitera por doquier para disipar el terror a la incertidumbre y la desconfianza en la capacidad y el valor intrínseco y único de cada ser humano para construir su propia biografía como una obra de arte.

Viéndolo con perspectiva, vemos que ese rubicón que es la E.S.O. se parece a un paso fronterizo con su valla de alambre de espino, sus guardias de seguridad, incluso con su niebla gris en medio de la noche. Desde que una niña ingresa en el sistema educativo, su único destino es el título de la E.S.O., da igual tu singularidad, tus intereses, tus talentos... Y así, durante años, ignoramos otro de los consejos de Pink para lograr el “éxito vital”: “Concentrate en tus talentos y no en tus debilidades.” Y, así, cada año que pasa, los niños y jóvenes están sometidos a mayor presión en asignaturas de “contenidos inabarcables”, jornadas estudiantiles que los sindicatos laborales no aceptarían y con una extrema carga de trabajo adicional al llegar a casa. “No tengo tiempo para ninguna de mis aficiones”, me respondió un joven que salió de ojo de agua para ingresar en el instituto y que, no está de más decirlo, aprobó y consiguió —aunque no sin esfuerzo— el título en un solo curso escolar (y este no es un caso aislado; más bien, la norma). Este chico jamás había pisado una escuela en su vida. ¿Qué sentido, tiene, entonces, tanta presión? En un sistema agudamente acelerado que consume recursos compulsivamente y produce información de manera exponencial, creemos que tenemos que multiplicar nuestra capacidad de adquisición de datos, multiplicar el trabajo y hacer más esfuerzo para vivir mejor; o quizá, desde la última gran crisis, simplemente ya, para vivir. Pero ya sabemos que no siempre “más es mejor”. Es más, ya sabemos que a partir de ciertos umbrales, “más es peor”, dado que la curva permanentemente ascendente (de presión, en este caso) contraviene la curva natural de desarrollo en la que llegado al punto de cota máxima, ésta se mantiene durante algún tiempo y luego inicia una suave declinación, como la vida misma.

Quizá alguien no se haya dado cuenta aún de una curiosa paradoja que consiste en que, para obtener el título de la E.S.O., nuestros jóvenes tienen que soportar durante una década una presión académica fortísima por parte de un sistema educativo cuya certificación se presenta como la tabla de salvación ante la incertidumbre del futuro, lo que no es más que un espejismo. A medida que una persona se acerca a la edad crucial de los dieciséis años, en esa frontera —traspasada la cual los voceros de la sociedad nos vaticinan un abismo si no tomamos el sendero marcado— se ve con mayor claridad el cartel sobre el paso fronterizo fuertemente vigilado, nocturno, cubierto de nieve. El cartel dice: “La E.S.O. os hará empleables.” Esto es, si pasas la raya sin la E.S.O. bajo el brazo, no tendrás opciones, no podrás lograr un empleo, no podrás ir a la universidad, si así lo desearas. Sin la E.S.O., el vacío.

Y, sin embargo, quizá la mejor manera de encontrar salida a los diferentes laberintos en que estamos inmersos sea crear las condiciones para pensar de diferente manera. Y la manera más eficiente de lograr nuevos pensamientos es crear nuevas maneras de educar, de acompañar el proceso de desarrollo de niños y jóvenes. Tal como afirmó, uno de nuestros más grandes maestros Jiddu Krishnamurti: “Solamente el individuo que no se encuentre atrapado en la sociedad puede influir en ella de manera fundamental.” Parece, pues, que desviarse del camino de la enseñanza oficial, puede ser una manera adecuada para desprenderse de la coraza que impone esta sociedad quien, probablemente, sin quererlo, logra que contribuyamos a obtener resultados que nadie desea (de nuevo, Otto Scharmer).

La paradoja surge a continuación, cuando —como en un sueño o en una historia de aventuras o en un mito— decides salir del sendero que no está marcado, decides vivir escuchando tu corazón y tus intuiciones, tomar tus propias decisiones meditadas, conscientes, y decides, pasar esa aterradora frontera, quizá, sin el salvoconducto de la E.S.O. Entonces, como por ensalmo, todos los miedos se desvanecen, el abismo no aparece, el vacío no es tal, las flores siguen ofreciéndote su belleza y el planeta continúa girando alrededor del sol. Como le sucede al héroe del mito, la amenaza se desvanece por sí sola y la vida le acompaña sin que ello quiera decir que esté libre de dificultades, retos y desafíos. Entonces, vuelta a la tranquilidad, a la seguridad de que la incertidumbre es la esencia de la vida, vuelta a seguir escuchando el corazón para continuar decidiendo el rumbo de la vida, vuelta a seguir aprendiendo a vivir la vida con la certeza de que ella te acompaña, si estas consciente de vivirla plenamente.

Es más, a partir de ese punto fronterizo, una vez traspasado ese umbral, el estado, antes amenazador y ultraexigente, cambia su discurso. Y esta es la paradoja. Ahora ya el estado no desea presionar más y más para vender tan

caro el hipotéticamente imprescindible título. Una vez traspasado ese umbral, el valor de ese papel se devalúa, el sistema ya no requiere de tanto esfuerzo, ni tantos deberes para otorgarlo. “Con tres horas por la tarde en la escuela de adultos en un curso escolar, sea suficiente”. Y eso, ¿por qué? ¿Cómo es así? ¿No era tan importante? ¿Cómo puede ser que sea muy importante a los dieciséis años, pero ya no a los dieciocho? La única respuesta que encontramos a estas preguntas es que al estado no le interesa que en sus estadísticas se incrementen los porcentajes de “analfabetismo” (equivalente en su lenguaje a no disponer del título de la E.S.O.) Y, entonces, para disminuir ciertos porcentajes, lo devalúa, casi lo regala, para reducir el peso de los “sin título” en esas estadísticas. Distópica paradoja; porque mientras una se crea el mantra social del valor incalculable del título, estará prisionero de una falacia social sin precedentes. Como detallamos en algún otro lugar, el valor de una ciudadana no puede legitimarlo papel alguno; son sus actos y sus relaciones quienes los legitiman, o no, ante su contexto social.

No tenemos una expectativa concreta sobre qué tipo de decisiones tiene que tomar una persona. No estamos ni a favor ni en contra de esta o aquella. Nuestro trabajo consiste simplemente en asegurarnos de que saben que están tomando decisiones conscientes y, en la medida de lo posible, si las circunstancias (especialmente familiares) lo permiten, en coherencia consigo mismos. Para ello, no hay mejor estrategia que enfrentarse con la realidad de que la muerte siempre es una posibilidad presente. En el ya mencionado discurso que Jobs compartió con jóvenes graduados de la universidad que él mismo abandonó para crear algo que no existía hasta ese momento, afirmaba: “Vuestro tiempo tiene límite, así que no lo perdáis viviendo la vida de otra persona. No os dejéis atrapar por dogmas, no viváis con los resultados del pensamiento de otras personas. No permitáis que el ruido de las opiniones ajenas silencie vuestra voz interior. Y más importante todavía, tened el valor de seguir vuestro corazón e intuición, porque de alguna manera ya sabéis lo que realmente queréis llegar a ser. Todo lo demás es secundario.”

Ese es nuestro propósito, cuidar y proteger la voz interior de los niños y jóvenes que se nos acercan. Y trabajamos día a día, no sin errores, para lograrlo. Estamos fundamentalmente interesados en contribuir a la formación de seres humanos conectados consigo mismos, con su intuición, con sus anhelos, capaces de traspasar sus miedos, con una perspectiva amplia de su vida, conscientes de que todas y cada una de las decisiones que tomen en sus vidas son fundamentales para trazar el camino de su propósito vital, con la sensación de que su vida, su pequeña vida, a veces confusa, tiene un propósito esperándole y que su misión consiste en desentrañar ese tesoro y ofrecerlo a los demás confiando en que, al seguir la voz interior de su corazón, la vida les corresponderá.

Por cierto, casi lo olvidaba, F. finalmente decidió seguir la voz interior de su corazón. Y decidió dedicarse al baile. Tomó clases y más clases. Viajó a alguna prestigiosa escuela en el extranjero. Se montó una micro-escuela de baile durante un año para obtener algo de dinero. Este verano ha estado trabajando en un restaurante. Hoy, con lo ahorrado, vive en una gran ciudad y está estudiando baile de manera profesional...

Cada día aprendemos algo nuevo. Lo que se aprende, debe compartirse. Una idea que compartimos, recientemente, con jóvenes en proceso de búsqueda de sentido a sus vidas nos la ha regalado una persona cuyas palabras e ideas nos han impactado profundamente. Esta persona, que se llama Charles Eisenstein; en uno de sus libros, ha recogido una frase que proviene de oriente —creo que del Japón— y que nos produce una excepcional sensación de verdad. Esa frase dice lo siguiente:

“Se nos otorgado un regalo.
El don de la vida.

Lo que hacemos con nuestras vidas
es nuestro regalo en correspondencia.”

El mejor regalo con el que una persona puede corresponder al don de la vida que ha recibido, es descubrir el tesoro de sus dones y aprender a y esforzarse por ponerlos al servicio de los demás.

Esa es la esencia de nuestro trabajo.